

PEDIR UN MILAGRO

I

UNA MAÑANA

EL caserón, con dos viviendas separadas por un tabique que no sabía guardar las voces en su sitio, desde la carretera, tenía poca presencia. Se esfumaba tras los pinos del veril y las chumberas que asaltaban el horno.

En aquella hora, bajo el sol mañanero, el hombre, acompañándose de la mula, trabajaba las tierras de labranza. Y la mujer, desde la puerta, buscándose el llavín por los bolsillos, esperaba impaciente a que apareciese el chiquillo. Le llamó:

—Nene.

El zagal, sonriendo torpemente, apareció en el paso a la cocina.

—Venga, sal de una vez —y cuando lo tuvo cerca, añadió—: Quieto. Pónlas aquí.

Dejó la cesta de mimbre sobre las tendidas manos, y trayendo sobre sí la rústica puerta, cerró. Pasó dos veces la llave, y asegurándose, la zaran-deó con la palma de la mano...

La vecina no estaba a la vista para decirle adiós. En la ventana abierta colgaban ropas cameras. Al fondo, en la sombra de la higuera, sobre el hozado y húmedo suelo, descansaba una cerda gruñona.

—Trae.

—Aaaah



Le tomó la mano y fueron hasta la carretera. Esperaron a que pasase un camión y marcharon por la calzada, a pocos palmos del ribeto terroso. La sombra de los pinos no les llegaba.

Los montículos cercanos, arrasados por el sol, tenían una vegetación mísera y medio calcinada.

Pasaron la fábrica que construían en un desmante. En el ensanche delantero un tractor anaranjado trabaja arañando, en cada pasada, una capa de tierra que descargaba cerca de un camión. El pistoneo bravucón del motor les empujaba por la espalda.

El zagal, que volvía la cabeza constantemente y que con la mano libre intentaba alcanzar el hocico del perro silencioso que caminaba tras ellos, dió un traspiés y se dobló hasta tocar con una rodilla en el suelo. La madre lo enderezó de un tirón.

—¿Qué pasa?

El perro, con las orejas avisadas, la miraba fijamente. Al crío le floreció una risilla infeliz.

—Tira «pa» casa —y levantó el brazo con amenaza—.

El perro bajó la cabeza, dejó caer el rabio y dió media vuelta. Se encaminó para la casa con paso desentendido.

—Maaamaaa.

—Calla. ¿Qué tendrás en esa cabeza?

La mirada del chiquillo tornó a su quietud natural.

—Anda más aprisa.

En el caminar la madre se empeñaba en mantener su paso; siempre le llevaba alguna delantera.

La carretera, canalizada por dos hileras de pinos y eucaliptos, descendía suavemente. A lo lejos lucía la gasolinera plantada en el ángulo abierto por la bifurcación de la carretera, y detrás, escalonada, se enredada la techumbre de Piedrola.

El canto roto y zumbón de las cigarras les acompañaba. Al chiquillo le sudaba la frente. Ella apretaba contra el esponjoso estómago el bolsillo de los dineros. El sol les golpeaba machacón.

En el escalón de entrada a la tienda de ultramarinos se sentaba un limpiabotas gitano; sus manos teñidas le descansaban en las rodillas, la lustrosa gorra le caía sobre la frente, los labios entreabiertos le sostenían la punta de un cigarro apagado.

La madre y el hijo entraron a la tienda. Sobre el mostrador, a la de-



recha de la puerta y corrido hasta el fondo, se agolpaban varias mujeres tratando de conseguir la atención del tendero.

Arrimó al zagal junto a una pila de cajas de galletas y se metió en el trájín por conseguir su pedido.

El chiquillo aguantó poco en la misma postura; la cabeza se le fue sobre un hombro, los brazos soltaron la camisa y colgaron muertos, la mirada se encantó...

El gitano, sin quitarse la colilla de los labios, le llamó:

—Niño, ven aquí, que «tiés» cara de moscardón.

El se acercó a la puerta.

—¡Pero qué cara «d'espabilao tiés».

Bajó la acera.

El gitano se llevó una mano a la mejilla y se rascó la barba cana. Al poco, le escupió un salivajo a los pies.

Una bandada alborotadora de chiquillos que rodeaban, saltando y bailando, a uno que montaba en bicicleta, pasó junto a ellos dejando una estela vocinglera. El ciclista, con una pierna bajo el cuadro, avanzaba culebreando y dibujando rodeos. Se metieron por la primera calle que se abría a la derecha.

El zagal, prendido de una fuerza irresistible, con su paso tropezón, con paso corretero, dobló una esquina tras ellos. Arriba de la empinada calle, el grupo escandaloso, torcía hacia la derecha. Estiró las zancadas y se asomó a esta última calle cuando desaparecían definitivamente.

Se detuvo. Respiró profundo. El sudor corría por su frente y la baba le manaba por las comisuras de los labios. Retrocedió un paso y giró sobre sí. La vista se le llenó de nubes y por su cabeza corrió un amago de mareo. Las piernas inseguras tantearon el suelo en derredor y la respiración se le hizo jadeante a la vez que los ojos vidriosos se le abrían desesperados. Una rebotada de sangre le coloreó la lechosa cara. Soltó con esfuerzo el aire que le ahogaba y un golpe de tos le tiró la cabeza hacia adelante. Se tambaleó insensible mientras dos lágrimas sin cauce llegaban al bigotillo.

Tomó apoyo con una mano en el muro y se dejó arrastrar hasta el suelo. Le repitió la tos y los nervios, sin dueño, le llenaron el cuerpo de un temblor doloroso. La cabeza se golpeaba contra el muro.

Una chiquilla de paso incierto todavía, guardando entre sus manos un muñeco roto, se acercó. Se llevó una mano a la boca y quedó contemplándole.



Poco a poco, segundo a segundo, la paz volvió a su faz. Sus ojos perdidos en la mirada de la niña chispearon otra vez con vida. Se le aflojó la sonrisa.

La madre se presentó corriendo. Al verle, trató de bajarse la desazón apretándose las manos contra el pecho.

—Ven aquí, descastao... Que te voy a dar un... Levanta desgraciao.

La chiquilla se hizo a un lado.

Trató de hablar pero las palabras se le deshicieron en la boca mientras las lágrimas saltaban de los ojos. Ella, continuó:

—No sé como te... Mañana te dejo en el patio. Toma —y le dió con la mano en la cabeza—.

Al entrar en la tienda el gitano preguntó:

—¿Estaba con los de la bici?

II

UNA COMIDA

Durante la semana, en la venta, los albañiles de la fábrica comían de caliente. Ellos eran los que bailaban alguna perrona fuerte en el cajón, cuando los sábados llegaban con la paga.

Pero quitando esto, que era relativamente reciente, el resto del día continuaba tan pobre como antes; los cuatro carreteros y aguadores, y alguno de los que bajaban del campo a trabajar en el pueblo, que no perdonaban el echarse al cuerpo un vaso de vino. Y por las noches, el rutinario gasto del vecino que a los primeros tragos de aguardiente ya estaba puesto a continuar su monólogo sentencioso y de grandes manotazos contra el mostrador.

Ellos, con el empuje de los obreros, se pusieron a imaginar y dieron por seguro que les llegaría la luz eléctrica cortada a sólo unos centenares de metros. También les brotó la idea de meterse en obras; hasta entonces, con latas de conserva y algún queso endurecido, habían ido manteniendo la industria.

Sacaron los ahorros de los pañuelos anudados y buscaron mejor acomodo de la cocina de leña, también, apartaron la ventruda tinaja de la entrada y mejoraron las paredes con unos carteles de toros que pronto quedaron alicaídos.



Era martes y el sol caía sin piedad.

En la cocina la madre cuidaba las frituras. Detrás del mostrador el padre negociaba el ir y venir de los porrones de vino. El chiquillo ayudaba lo que podía. Los albañiles comían en la mesa pegada a la pared. Y el perro sin atreverse a pasar de la puerta, esperaba a que le llegase algún zoquete de pan.

Uno de los albañiles pidió:

—Pónte un cuarto de Jumilla.

El padre abrió la espita del tonel y midió el vino.

—Toma, y déjalo en la mesa. Con cuidado.

El zagal tomó con los dedos disparatados el porrón y acertó a llevarlo.

—A éste se le va a ir la mano un día y nos va a poner como...

—Anda, que porrón pide éste.

—No ves que si no esta tarde... —e hizo un gesto con la mano—.

—Está flojo.

—Cada cual bebe lo que le sale ¿no?

—Nene, acércame la sal.

Uno de ellos, corrió la taza con la sal.

—¿«Pa» qué se lo pides a éste? «Pa» que nos quedemos sin sal.

El que mondaba una naranja, con sorna, dijo:

—Si que eres calmudo.

—Este es lento hasta «pa» comer.

El aludido levantó la vista en inspección y volvió a lo suyo.

—No habla por si ofende. Se ve que lo guarda «pa» la parienta.

—Tenéis muchas ganas de bromas —dijo el aludido al tiempo que cargaba la boca con un trozo de carne entomatada.

—Lo que tengo ganas es de empezar la partida.

—Mejor la cambiaba por una siesta bajo los pinos.

—Toma, y yo.

—«Pa» mí, dormir después de comer es como si me diera una cox la tía Machamartillo.

—Yo, como decía mi abuelo. «Pa» estar de pie, estar «sentao». Y «pa» estar «sentao» mejor «acostao».

El chiquillo buscó en la fresquera y sacó la caja con las fichas.

—Dámelo.

—Abuaah. Yyoo...

—¿Pero qué dice éste? Yo no lo entiendo, parece un turista.



—¿No lo ves? Que quiere jugar.

—Todos los días vamos a tener el mismo follón. Se podía entretener con otra cosa.

—Son sus manías. Y si por lo menos le sacara el gusto. Ni eso.

—Déjalo. Se pone a mi «lao» y ya está «tó» «arreglao».

El padre dijo:

—En seguida empezamos a comer nosotros.

Cuatro albañiles rodearon una de las mesas de mármol.

—Deja.

—Os vamos a devolver la peladilla de ayer.

Barajaron las fichas y las repartieron.

El albañil le apuntaba las fichas y él, arrastrándolas con un dedo, las llevaba hasta la hilera. Cuando se confundía de cabeza, siempre había quien protestaba. Otras veces, alguno que estaba atento, le corregía la puesta. Y si ponía la ficha que dominaba, le decían que tenía manos de ángel.

Aquel día, en la segunda partida, se le escapó el pulso y tropezó en la mesa descubriendo dos juegos.

—Toma, tanto dejarle jugar! Si no sirve ni «pa» mirar.

—Y yo tenía el cierre. Mira, éste aquí y cerrao.

—De donde va a cerrar, ¿Y el tres-dos?

—¿Y por aquí? Me la tenías que dar de todas.

—No las toques.

—¿Pa qué?

—¿Qué pasa con ese escándalo? —dijo el padre, saliendo de la cocina. La mujer se asomó también.

—Nada. No pasa nada. Que tenéis un hijo de los que el domingo no obliga a misa.

Se cruzaron unas risotadas.

El padre se adelantó y retiró al chiquillo.

—A éste lo váis a tratar con más respeto, que es un imposibilitao.

—No me vengas tú...

—Dice éste, que no le obliga la misa. Eso ha «estao» bueno. Dí que sí.

—Tú te vas a meter la lengua en el...

—Mira como se pone, como si estuviéramos aquí de regalo. Como si no apoquinásemos los machacantes... Nosotros venimos a daros de ganar, no a que nos dé el tostón el... ése.

—Déjalos —dijo la mujer intentando separarle—.



—¿Qué tienes que decir? Que os...

—Venga ya. Y ten más cuidado no nos dé por irnos a comer al pueblo.

—Por mí como si queréis poneros al tren.

—Cállate. Te digo que te calles.

—Vámanos de aquí. Al bocazas éste que le den un duro.

—Vámonos de aquí.

—Me iré si quiero, que a mí no me echa nadie.

—Si no fuera por lo que es...

—Sí que el tío éste..., las maneras...

Los albañiles dejaron el ventorrillo. Al quedarse solos la mujer reprochó a su marido:

—¿Pero qué has hecho? ¿No te das cuenta que los has despachado? Esto es trabajo mío. La comida es cosa mía. ¡Só idiota!...

—Esos no se ríen...

—¿De quién? De ése. ¿Qué han dicho? Que estaba lelo, ¿no?... y ¿qué quieres?

—Yo no tengo la culpa de que lo desgraciasen las fiebres aquellas.

—¡Anda con lo que sale! Las fiebres vinieron con el viento —guardó un tenso silencio y continuó—: Lo que has de hacer es acercarte a la fábrica y ver la manera de que vuelvan mañana.

—¿Yo?

—¿Voy a ir yo? So...

El chiquillo con los ojos dormidos, tamborileaba un tenedor sobre un plato. En sus pies, el perro se rascaba el pescuezo con una pata trasera.

La vecina se presentó en la puerta por si pasaba algo malo.

III

UNA TARDE

La tarde caía. El cielo azulado comenzaba a fundirse en un color terrroso y sin fuerzas. A veces, el bochorno se refrescaba con el bullir de las hojas al paso del aire.

El zagal estaba sentado en una minúscula silla en el centro del patio, con la mirada estrellada en la negra boca del aljibe y con las espaldas para el carro; en la mano izquierda guardaba un pájaro de plumaje pardo y



pechuga emborrachada. Y mecánicamente, con la mano libre, le acariciaba la escurridiza cabeza. Algunas veces se la pasaba a contrapelo. El pájaro, cuando podía, desesperadamente, abría el pico y tomaba aire. La mano no sentía ningún calor.

Dentro de la casa, la madre se secó las manos restregándolas contra el cuerpo y sacó de su habitación un bulto de trapos y cintas que dejó sobre una silla. Alcanzó de un vasar una pequeña caja de hojalata y la colocó sobre la ropa. Buscó la llave en el bolsillo, y al tiempo que abría la puerta del patio le llegó la voz de su vecina que asomaba a medias por la puerta. La madre dijo algo al chiquillo y volvió a cerrar.

—¿Qué?

—Ven corriendo, que ya ha empezao.

Se guardó la llave mientras salía.

El chiquillo llevaba en el patio más de media tarde; en cuanto se fueron los albañiles a la fábrica ellos se sentaron y comieron. Después, el padre se encaminó a su faena en las tierras, y a él, su madre, antes de meterse a quitar la fregaza, lo metió en el patio y le cerró la puerta. Entonces, con sus blandos dedos acertó a colocar la silla de anea en el centro, frente al aljibe, y se sentó. Con los brazos sobre las piernas, con la mirada desconcertada, con la cabeza ladeada, con la boca entreabierta..., aguardó hasta que por su blanca imaginación pasó alguna mancha, entonces, se puso a buscar por los rincones y encontró una caña rajada, como las empleadas para matar culebras. Volvió a la silla y comenzó a golpearse suavemente en los pies calzados con alpargatas. A cada golpe se aireaba una nubecilla de polvo. A continuación, estirando el brazo, destrozó las huellas señaladas en la tierra que le rodeaba. Cuando se cansó de aquello arrojó lo más lejos que pudo la caña y volvió a quedarse en una postura recogida. Así, hasta que le vino la ocurrencia del pájaro; de rodillas, alcanzó una red que había entre las dos ruedas del carro y sacó un pájaro acobardado. Volvió a sentarse, enganchó los pies en un pelitroque de la silla, y lo mantuvo aprisionado en sus manos hasta que comenzó a acariciarlo. De cuando en cuando le echaba vaho en la cabeza y con el dorso de la mano tenía que limpiarse la baba desbocada. Sin poder evitarlo, por entre los dedos se le escaparon las alas del pájaro. Al principio hasta se asustó, luego, tras una pausa tensa, una a una, comenzó a arrancarle las rígidas plumas; a cada tirón el pájaro se contraía. El lo vaheaba, lo acariciaba continuamente. El arañazo del cerrojo, como un fulminante, le paralizó en su entretenimiento. Instintivamente se repuso



escondiendo los puños entre las hojas de la puerta. Desde el interior, la voz de la vecina se llevó la atención de la madre. Antes de volver a cerrar dijo:

—Estáte aquí y sé bueno.

Volvió a quedarse solo.

Cuando se creyó seguro, febrilmente, continuó quitándole las plumas remeras y timoneras. Al final llegó turbado. Después su cuerpo fue hundándose en la silla hasta quedar en postura adormecida.

Al rato, sin dar cuenta, posiblemente sin desearlo, bajó la mano hasta el suelo y la abrió. El pájaro al sentirse libre, mientras reponía la respiración, miraba asombrado a su alrededor. Intentó volar pero sólo consiguió dar un pequeño salto. Replegó las alas. El zagal lo contemplaba extasiado, con el plumaje erizado parecía una bola peluda. La baba le colgaba hasta la cintura. Su respiración se hizo enfermiza. Sus movimientos se volvieron quejosos, agarrotados. Gimió profundamente. Desconsolado, dijo algo con su hablar caprichoso y se puso en pie.

El pájaro asustado de su presencia, repitió la aletada que le alejó otro palmo, y él, tambaleándose, esfonzándose, acertó a arrojarle contra el pájaro y lo pisó. Los huesecillos crujieron al triturarse como si fuesen de vidrio. Apartó el pie, el pájaro todavía pudo dar una aletada contra el suelo antes de quedarse quieto. Con el pie lo cubrió de tierra.

El crepúsculo caía infinitamente lento. La luna, en blanco difuminado, apenas se señalaba en el cielo.

La madre regresó de la casa vecina y le abrió. Y recogiendo la silla y los trapos fue a sentarse a la puerta. El padre, sobre el mostrador, componía la linterna de carburo. El perro lamía el agua caída en las losetas. El chiquillo se sentó en el escalón de la puerta a ver pasar los coches.

IV

CUANDO PIDIERON EL MILAGRO

Aunque el sol había salido de la amanecida y los ruidos del día andaban sueltos, las dos casas, con sus ventanas y puertas, cerradas, parecían continuar durmiendo. Las tejas, reseca y oscurecidas, bizqueaban al lucir sus motas blancucias. Los muros empolvados despedían una luz albar.



Las aletardadas hojas de la higuera de entre las casas y el arruinado horno, se avivaban. Los pájaros piaban templorosos. El perro lobuno, de aire alicaído y de legañas lloronas, seco y demacrado, a cada paso dibujaba los costillares en su piel. Las lagartijas verdiblancas, las lagartijas verdirrubias, correteaban de piedra a piedra, de teja a teja, por las paredes.

El padre abrió de par en par las puertas de la cuadra y fue hasta el carro. Aflojó la calzadera de la rueda y con las varas en las manos y echando con fuerza el cuerpo, lo cuadró contra el muro de la casa. Recogió el cigarrillo del suelo y se lo colocó entre los labios agrietados, estaba apagado.

En la cuadra, la mula que revestida ya de sus arneses, repartía cascotazos en el piso de piedra que sonaban como martillazos huecos y fríos. En la cuadra flotaba un tufillo ácido.

Volvió el padre a la cuadra y aguantando a la bestia por el collarón la sacó al patio. A pequeños tirones cabeceros la colocó entre las varas.

A continuación, casó las hebillas. Enganchó las cadenas en las uñas. Sentó bien la sufra y acomodó la albarda sobre los escurridizos lomos. Recogió por debajo de la valtra la cincha y la sujetó en la otra vara. Por último, pasó por las anillas de la sufra las sobadas riendas y las unió al cabestro. Sus movimientos eran justos, mínimos.

Cuando el animal se sintió desatendido, dió un respingo con la cabeza que venteó las moscas zumbonas.

El padre abrió las dos hojas de la puerta del patio y las aguantó con una piedra. Sacó el carro. Rodeó la casa y lo dejó calzado delante de la puerta. El perro fue a cobijarse en su sombra. Salió el zagal. La mula movía el airoso rabo y repartía cascotazos que levantaban nubecillas de polvo. El padre cerraba el patio.

El chiquillo vestía unos planchados pantalones con dos vistosos cuchillos en la entrepierna y la camisa dominguera de rayas azules y botones negros, que hasta pocas semanas antes había gastado su padre. Poco después acudió la madre terminando de atarse bajo la barbilla un pañuelo negro. Su cara mofletuda pasaba de rodales rojizos a otros blancos. Vestía de negro, con una falda que le colgaba en altibajos.

El padre, de vuelta, apareció aguantando bajo el brazo un barrilillo. Lo descansó en el pescante posterior del carro.

—Tráete las cuerdas que están en la mesa —y cuando la mujer estaba dentro, levantando el tono, añadió: y el embudo.

La mujer respondió algo que llegó confuso.



El chiquillo se entretenía en rascar en la anteojera del cabestro y en reír.

Al tiempo que regresaba la madre con el recado, se les acercó la vecina.

—Toma Encarna, cómprale una vela a la Virgen.

—¿Qué me das?

—Yo pienso que es bastante.

La mujer guardó en un pequeño bolso de piel negra los dineros y se quedó mirando a la frente de su marido; en la raya que le marcaba la frontera de los dominios del sol y del sombrero. El se afanaba en asegurar el amarre.

—¿«Pá» cuándo váis a volver?

—«Pá» antes de la comida estamos aquí.

—A esta romería va mucho personal. Yo hace cinco años que no voy.

—No se caerá, ¿verdad?

—¿Este? Cá.

El sudor se le asomaba por cien poros abiertos. La calina se hacía maciza.

—¿Y la silla?

—¿Ves qué cabeza?

—¿Encarna vas a llevar algo «pa» el sol?

—Tienes razón.

El padre le puso apoyo en las caderas y el zagal montó al carro. El tiempo que tardó su madre en volver con la silla y el paraguas, se entretuvo en pasar la mano por el arranque del rabo de la mula. El padre colocó la silla y ayudó a su mujer que subió renqueando y soplando fatigas. El chiquillo se recostó contra el adral.

—No se te olvide el cirio.

—No mujer. No apoyes la cabeza, nene, no vaya a venir un mareo.

La mula apartaba a cada instante las moscas.

—¿Has echado la tranca a la cuadra?

—Sí.

—Que disfrutéis. Y a ver si quisiera la Virgen.

—Que Ella te escuche.

—¿Y la del patio?

—También, mujer.

—Hasta luego. Echa un ojo.

Quitó la zajatilla del freno y haciendo girar al carro sobre una rueda



se encararon hacia la carretera. Ella abrió el paraguas, con la otra mano dijo adiós.

El perro, descansando sobre sus patas traseras, las orejas avisadas, el hocico temblón, se quedó mirándoles largamente.

Por entre los pinos el horizonte parecía empolvado.

La rueda al rodar rozaba el negruzco eje y chirriaba lastimeramente, como un silbante sollozo. El caminar se hacía monótono. A trechos, la luz era tan transparente y el aire tan quieto, que si no se guiñoteaba vivamente todo parecía volverse aguas. Los tres cascabeles del collarón repiqueteaban sin tino.

El padre desasíó las riendas enredadas en un puntiagudo hierro del adral, y sin aparente esfuerzo fue ciñendo la palanca del freno. A continuación, muelleando una rienda hizo que la mula doblase para entrar en el camino. El carro dió un aparatoso barquinazo al bajar el escalón que separaba la calzada de la tierra. El camino poblado de carros y de pequeños grupos de caminantes, como una culebra, avanzaba por la llanura calcinada. Atravesaron un paso de vía estrecha.

El camino marchaba encajado por dos bruscos ribazos de las tierras de labranza, que rara vez pasaban en altura a la cazoleja de las ruedas. Cuando se igualaban, el camino quedaba fijado por unos ribetes de resecos y espinosos cardos y zarzales. La gruesa capa de polvo de entre los dos carriles, aparecía triturada por incontables huellas de animales y de pies calzados y desnudos.

El sol abrasaba.

El sequedal alcanzaba las lejanas montañas de perfiles redondeados y gibosos. La tierra tenía un tinte ocre y acanelado que secaba la boca. La vegetación era escasa; chumberas, matorrales anquilosados y secos, pitas... Los arbustos eran raros y plantados a gran distancia entre sí. A veces, tras suaves lomadas, se dibujaban plantaciones de olivos al tresbolillo. Era un interminable gredal repartido en parcelas que descansaban en barbecho o mostraban rodales de cereales tarados.

Iba para los dos años que no llovía y las sufridas tierras, las raquílicas plantas, los empolvados árboles, los sedientos pozos, los vacíos aljibes, las duras piedras..., las quemadas almas, estaban secas.

En el cielo, dos buitres planeaban a gran altura, describiendo concéntricos círculos.



Caminaban en el silencio. A veces, acompañando a pequeñas ventole-
ras les alcanzaban gritos y voces festivas.

El padre, con las riendas en una mano y la otra sobre la vara, procura-
ba que el carro no pillara las piedras saledizas de entre el polvo. La ma-
dre, encorvada y cambiando continuamente el paraguas de mano, busca-
ba el camino que aparecía y desaparecía en la llanura despejada, y que
se retorció en curvas muy amplias.

El hijo dormitaba y soltaba baba. La mula marcaba un paso de com-
promiso. Apenas si se oía el tabaleo de los cascots al hundirse en el polvo.
El camino se hacía interminable.

Al ir doblando una curva, la lejana silueta de árboles y casas se fue di-
vidiendo en dos cuerpos; uno, el de la derecha, compuesto por desastra-
dos restos de una casa de adobes, y una frondosa y bombona higuera. En
el otro, unos árboles de menor sombraje pero con silueta más estirada y la
ermita de estampa redondeada y campanario abierto, sobresalían de los
corridos y llanos tenderentes. El grupo de la ermita estaba rodeado de
una cúpula de polvo.

—Mira hijo, la ermita de la Virgen

El chiquillo sonrió enseñando los dientes.

Un grupo de romeros que iba saltando y bailando por el borde del ca-
mino les adelantaron. Uno de ellos largó un manotazo al hocico de la
mula. Al padre le vino una cosa a la boca pero no la soltó.

Una bandada de palomas pasó sobre ellos.

Poco después llegaron. En la fresca sombra de la higuera, arrimada la
una contra la otra, había docenas de bicicletas. En el manillar todas col-
gaban un cartón con un número. En la casa, atadas por un dogal a las
anillas clavadas en el muro, había siete mulas. Dos de ellas llevaban vis-
tosas frontaleras de lanas multicolores. Los carros, con las varas apun-
tando contra lo alto, estaban dejados por las tierras de sembradura y en-
tre los olivos.

Detrás de la casa pasaba la rambla rellena de arenisca y cantos.

Se detuvieron al amparo de la higuera y bajaron con trabajo. El zagal,
encantado, se quedó mirando el paso de unas comparsas que caminaba
al son de palmas y guitarras. El padre contrató con un guardián el cui-
dado del carro.

Cuando tenían andado más de la mitad del sendero que bordeando la
rambla llevaba a la ermita, un cohete rasgó el cielo.

—Venga, que ya ha salido.



—Pues tira.

Al poco montaron otros cohetes. Las cañas iban a terminar en el centro de la rambla. Arriba, el humo de los cohetes, muy blancos, se estiraba paralelo a la tierra.

El chiquillo seguía la marcha de los cohetes con la mirada y los acompañaba soltando aire entre los dientes. Con las explosiones se le iluminaba la cara.

—Mira, allí va la Virgen.

La romería estaba en su máximo. La campana tañía sin cesar. La procesión formada por dos vaugeantes filas de penitentes, muchos de ellos con una vela y descalzos, entonando monótonos cantos, salían de detrás de al ermita y se encauzaban por entre los árboles de la puerta y los tambalaches y puestos de cascaruja alineados en herradura. La procesión avanzaba lenta y parsimoniosa. Un hombre de chaqueta de pana y gorra de plato apartaba a la chiquillería. Detrás iba el hombre que cada quince o veinte pasos disparaba un cohete, y seguido, el estandarte franqueado por dos niños disfrazados de ángeles que tiraban de los cordones dorados, y a continuación los penitentes. Y guardando un pequeño corte entre sí, los tres tronos con otras tantas imágenes de la Virgen, todas ellas de cara enmarcada con rostrillo y con mantos de tela aviejada. A su paso algunas mujeres se arrodillaban y ponían los brazos en cruz. Los hombres se quitaban el sombrero y mantenían postura recogida. En los tambalillos apuraban apresurados los vasos de vino y se ponían en pie.

Ellos, forcejeando con la gente llegaron hasta la primera fila, entonces la madre hizo que se arrodillase el chiquillo.

—Toma tú el paraguas.

Tras la última imagen iban unos monaguillos con incensarios y tres curas revestidos de capa pluvial, y detrás, formando una presidencia, el cabo de la guardia civil y dos hombres con grandes escapularios en el pecho.

Se dejaron llevar por el remolino de gente y entraron en la iglesia.

Las tres imágenes quedaron colocadas con la cara hacia la puerta, delante del altar mayor. En la iglesia hacía un calor sofocante y molesto. La madre se sacó de la manga un apretado pañuelo y se limpió la frente y el cuello.

—No se puede respirar.

El marido se limitó a soplar con fuerza.

La ermita era pequeña y con los muros y columnas pintados con co-



lores azules y rojizos. Arriba todo terminaba en dibujos de capiteles corintios y otros adornos complicados.

La madre hizo que se arrodillasen. El padre que fue a dar con el ajuste desigual de las losetas, arrastrando las rodillas buscó mejor acomodo. El chiquillo contrajo los hombros y separó de su espalda la camisa sudada. Ella, que tenía su mirada cargada de fe sobre las imágenes, al final de cada oración, se daba unos suaves golpes en el pecho con la punta de los dedos. El chiquillo se hurgaba las narices.

Del centro de un marcado grupo de la muchedumbre se levantó un hombre, y en voz de todos, dijo:

—Dama, mándanos agua. Señora, manda agua a los campos.

—Tú pide que sane nuestro hijo —dijo la madre. Y con el pañuelo, le limpió los mocos que le recosían el bigotillo. El zagal se puso a hacer buches de aire—.

Cuando terminaron sus rezos y peticiones, se colocaron en una cola que avanzaba por detrás de las columnas, y poco a poco, arrastrando los pasos, llegaron hasta las imágenes. Dejaron tres besos en los mantos.

Salieron. Un ramalazo de calor polvoriento les alcanzó en la misma puerta. La mujer se quitó el pañuelo de la cabeza.

—Vamos allí.

—Antes hay que comprar el cordón y los cirios.

Se acercaron al hombre de las medallas.

—Déme un cordón con medalla de la Virgen.

—¿Tienes cirios?

—Eso aquí al «lao».

—¿Qué cuesta?

—Esta, dos pesetas.

—¿Y la redonda?

—A duro.

—De las de a dos. Una.

Tomó la medalla y se la colgó al hijo. Le remetió el cordón por debajo del cuello de la camisa.

—Dale un beso.

El chiquillo dejó un tímido beso.

—Medallas de la Virgen, medallas de la Virgen...

Por entre los sombrillajes de los buhoneros y los tambalillos para tomar un refresco, en un desfile de ida y otro de vuelta, se había formado el paso de la fiesta.



Pasaron al puesto de las velas. La mujer tardó su tiempo en comparar los precios de los distintos tamaños hasta que se decidió.

—Déme dos de éstas.

Pagó el hombre y cruzaron a un tambalillo. En la tabla sobre dos barriles que hacía de mostrador una pareja de guardias civiles rechazaban una invitación de vino y bacalao.

—Estamos de servicio.

—Se lo agradecemos igual.

La lona cubría una docena de mesas.

—En esa misma.

—Sí.

Se sentaron. Al poco rato se acercó el mozo. Un muchacho de unos quince años, y que en cada movimiento procuraba lucir su desenvoltura.

—¿Qué va a ser?

—Dos gaseosas y un vaso de tinto.

—¿Y de comer?

—Unas morcillas, ¿no?

—Eso mismo. Déjame a mí el paraguas.

El mozo trajo el pedido y se volvió por el abridor de las botellas.

—Lo que es menester es que te acerques a poner las velas.

—Ahora voy. Lo de los cirios y el barril.

El padre tomó su vaso de vino y la morcilla.

—Trae los cirios.

—Déjalas encendidas.

Fue a la iglesia y con unas lengüecitas ardientes las clavó en unas puntas de hierro. A continuación se acercó al carro y volvió con el barril. En la cola de la fuente tuvo que aguantar algunas puyas por el barril y el embudo.

El mozo cuando le vió aparecer le dijo:

—Usted se toma las cosas a base de bien.

—¿Lo has llenao?

—Sí, hasta aquí.

El hombre tomó un palillo y se escarbó los dientes. Por la lona picada entraban hebras de sol que caían en la mesa.

—Venga, paga.

—Tú, nene.

—Diga el señor.

—¿Qué se debe?



—Nueve pesetas. La cuenta del señor, nueve pesetas.

Por el camino de vuelta al carro no cesaba de llegar gente. El zagal no dejó de chupar la medalla ni cuando subió al carro.

—¿Tú crees que estaremos a tiempo «pa» preparar caliente?

El hombre consultó al sol.

—Sí.

Ella abrió el paraguas.

Por entre las dueñas del barrilillo se escapaban gruesas gotas de agua. El chiquillo le sacaba un gusto picante al metal.

